



Jorge Iván Chavarín

ARENA MÉXICO, POR SIEMPRE
EL DISTRITO FEDERAL



EL CAZADOR DE PLUMAS DE GANSO



ARENA MÉXICO, POR SIEMPRE EL DISTRITO FEDERAL
EL CAZADOR DE PLUMAS DE GANSO

Arena México, por siempre
el Distrito Federal

El cazador de plumas de ganso

Jorge Iván Chavarín



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE SINALOA
MÉXICO, 2026



Primera edición: 2026

D.R. © JORGE IVÁN CHAVARÍN

D.R. © UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE SINALOA
Blvd. Miguel Tamayo Espinoza de los Monteros 2358,
Desarrollo Urbano 3 Ríos, 80020, Culiacán de Rosales, Sinaloa
www.uas.edu.mx
DIRECCIÓN DE EDITORIAL
<http://editorial.uas.edu.mx>

ISBN: 978-607-737-556-2

Edición sin fines de lucro.
Prohibida la reproducción total o parcial
por cualquier medio sin autorización escrita
del titular de los derechos patrimoniales.

Hecho en México

ARENA MÉXICO, POR SIEMPRE EL DISTRITO FEDERAL

La última vez que estuvo por encima de las caderas de alguien fue cuando vivía en el vientre de su madre.

Tomaban el metro desde muy temprano rumbo a la Arena México. La abuela cargando la canasta de chicharrones y huevos cocidos, y él, haciendo un esfuerzo con sus pasos de pingüino, con una vieja mochila de la WWE protagonizada por Rey Misterio. La abuela le contó que, cuando la partera por fin lo pudo sacar, después de varias horas de estarlo acomodando, lo sumergió en agua bendita y rezó dos Ave María y un Padre Nuestro para sacarle el Chamuco. Cada vez le era más fácil soportar las miradas curiosas de las personas al entrar o salir del vagón; sin embargo, las risas o las bromas de los niños le seguirían estrujando el alma por muchos años más. También fue la primera y última vez que vio a sus padres juntos. Las proporciones de su cuerpo le impedían hacer otra cosa distinta que hacerse cargo del botellón de la salsa que se balanceaba de un lado a otro por su mochila mientras él cuidaba su equilibrio entre las piernas de la gente. El padre, que ni siquiera esperó

a que su esposa despertara, huyó al otro lado con solo ver los diminutos y torcidos dedos de su hijo.

Bajaban en la estación Cuauhtémoc, y ahí la abuela le colocaba una vieja máscara de La Parka original, para después palmarle la cabeza como si fuese un perro bravo, recordándole que por ningún motivo se la quitara. La madre aguantó un poco más; durante algunos días intentó cargar lo que había expulsado de sus caderas, pero el ritmo de sus corazones no armonizó. Le bastaba con escuchar los primeros gritos de la vendimia, así como ver los volantes de la estelar tirados en el piso, para recordarle el porqué los días en Arena México eran su parte favorita de la vida.

La anciana repartía huevos cocidos y chicharrón en platos de uncel; él vertía la salsa como si cargara un cilindro de gas, cuidando de no distraerse con los pierrotazos o los ataques aéreos desde la tercera cuerda que tanto lo impresionaban. Lloró al ver el rostro de su hijo y no permitió que esos labios partidos le sacaran leche. El choque de los luchadores en la tarima le parecía como truenos que, lejos de asustarlo, le generaban una euforia que le daba energía para seguir por toda la Arena. Lo alimentaba con leche bronca que le compraba a la vecina y lo dejaba llorar hasta que se dormía. Cuando la anciana se cansaba, la pequeña Parka original preparaba unos platos surtidos y los ofrecía entre las filas. Le dijo a su madre que se encontraría en Phoenix con el

esposo que la abandonó, y le prometió que cada mes le haría depósitos que nunca llegaron.

Terminado el producto, la abuela se sentaba en alguna butaca sobrante para contar las monedas y le daba permiso de ver las luchas. Dejaba la botella y la mochila en el suelo y, acelerando su paso de pingüino, se dirigía hasta lo más enfrente que los guardias le permitían. Veía de reojo las relucientes máscaras de la gente del público o de los vendedores. Blue Demon. El Santo. Mil Máscaras. Leyendas que había visto en los DVD que intercambiaba por huevos cocidos. Psycho Clown. Pentagón Jr. El Rey Fénix. Mr. Iguana. Luchadores que había visto con sus propios ojos darse pierrotazos hasta desfallecer y luego levantar cinturones. Pese a estar prohibidos, presencié un martinete en un evento privado en Naucalpan que le costó la vida a un novato y la carrera al otro. Se imaginaba a sí mismo con una máscara que no oliera a tierra ni sudor, volando por los aires y siendo ovacionado por los gritos del público. Hasta ya había seleccionado su nombre de luchador: el Gazzu. Tocaba la tarima hasta donde sus manos de tiranosaurio se lo permitían y se regocijaba con las vibraciones causadas por la pelea.

La abuela lo ve desde arriba, recordando el día en que se perdió una madre y una hija, golpeándose a sí misma por no poder amarlo y temiendo el día en que ya no pudiera ponerle la máscara de La Parka ni cargar la

canasta. A veces, en secreto, deseaba que alguien más pudiera abrazarlo cuando estuviera triste, que alguien más lo cargara aunque fuera por un segundo, solo para que él supiera lo que era flotar, aunque fuera una vez en la vida.

No sabe si en esos momentos su nieto es feliz. Pero al verlo con los ojos brillantes, inclinado hacia el ring, con los brazos alzados como si buscara tocar la lona o el cielo, se permite imaginar que sí. Que ahí abajo, entre gritos, máscaras y luces, ese niño que nació huérfano se siente invencible. Él cree ser el Gazzu volando desde la tercera. Y por un momento, ella cree sentir algo parecido al amor.

EL CAZADOR DE PLUMAS DE GANSO

*Para la hija que seguramente tuve
en un universo paralelo*

Después de terminar mis estudios como profesor, me enviaron a una pequeña escuela en Las Bateas, un pueblo metido entre los campos de tomate y chiles, al lado de un canal de aguas verdes donde algunas personas se bañaban en las calurosas tardes de verano. La escuela, sin luz ni pintura, apenas tenía un salón en obra negra que olía a papel mojado, una plaza de concreto donde se izaba una bandera negra por la suciedad y, al fondo, un profundo agujero en la tierra que servía de baño; tan oscuro que era imposible ver dónde terminaba. Una cerca delimitaba el perímetro; tenía zonas arrancadas, pero por las noches me hacía sentir seguro de los motos que pasaban y de los horrores nocturnos que imaginaba en la oscuridad.

Por ser el único profesor del pueblo, a tu padre le tocó cumplir con todas las obligaciones: desde la limpieza de toda la escuela hasta el llenado de los docu-

mentos que enviaba mi jefe en su oficina de la ciudad. Tenía que estar levantado antes de la salida del sol. Pasando por todas las reparaciones que necesitaba el salón que nunca dejó de oler a papel mojado, pero cuyas paredes se pintaron de azul y dibujos animados.

Los primeros días iba de casa en casa buscando a los niños. «Andan pa'l campo», me decían los gritos de ancianos detrás de puertas de fierro. Logré bajar y limpiar con cloro la bandera, el escudo pasó a convertirse en un pollo devorando a un gusano. Seguía repitiendo mis rondas a las casas de los niños. «Andan pa'l campo», continuaban los ancianos. Para calmar la emoción de profesor primerizo daba clases ante unos adornos de Navidad: dos hombres de nieve y un Mickey Mouse servían de estudiantes. Parecido a cuando jugabas a la escuela con tus osos.

En la segunda semana, imagino que al ver que no me retiraba, los alumnos empezaron a llegar. Un par de hermanos querían aprender a leer unos cuentos de hadas para antes de ir a dormir. Llegaron otros y la voz se fue repartiendo hasta tener a los veinticinco niños del pueblo.

Vivía en un cuartito improvisado que se separaba del salón por una cortina roja, mi cama era una *bag* parecida a la lila que utilizas para acampar en el jardín y mi ropa se acomodaba en cajas de cartón. Por las mañanas daba clases y por las tardes cumplía con todos los

pendientes y las reparaciones. De vez en cuando viajaba en burro a un pueblo cercano para comprar víveres y cosas para la escuela. El tiempo libre lo usaba para escribirle cartas de amor a tu madre, que por esos años aún estudiaba y se comía los mocos como tú. Al ocultarse el sol, Las Bateas caían en una oscuridad total y ya no se podía hacer otra cosa más que contar estrellas y dormir.

Mis alumnos eran de diferentes edades, pocos sabían leer y sus padres nunca los acompañaban. Preferían las clases de historia porque decían que eran como un cuento muy largo. Las matemáticas los mareaban. Llegaban solos y se iban solos. No tenían uniformes bonitos como el tuyo. Pasaban sus tardes ayudando a sus madres a recoger tomates, por eso tenían las manos cortadas y no movían el lápiz, preferían memorizar cada palabra que les decía y después olvidarlas en el recreo. Sus ropas tenían los rostros de políticos que nunca llegaron a ser gobernadores o presidentes o estampas de caricaturas antiguas. Cuando el tomate estaba en crecimiento, jugaban entre los surcos de cultivo, trazando rutas y recolectando los tesoros que encontraban tirados: piedras con formas extrañas, huesos de animales, llaves oxidadas, monedas de 1998 y 2002, tarjetas de identificación amarillas, perfumes, lentes de sol, cráneos de un chimpancé y, finalmente, las plumas de ganso.

De un día para otro, los niños empezaron a llegar con sus plumas. Primero, durante la clase de las rutas de Alejandro Magno, la pareja de hermanos que habían sido mis primeros estudiantes se levantó a sumergir las puntas color tornasol en el tintero. Hacían garabatos que ellos llamaban letras. Hacían garabatos que narraban la historia de ese joven guerrero que seguramente ya te conté, el que yo quería ser cuando fuese grande, el que vivió mucho y murió joven. Después, otros los imitaron y empezaron a hacer colectas de monedas de un peso para que les trajera la tinta del otro pueblo. Antes de darme cuenta, tenía a los veinticinco niños haciendo trazos y dibujos de todo lo que yo decía; agitando todas las plumas al mismo tiempo, elevando la escuela unos centímetros.

Decían que las plumas de ganso eran suaves, que sus manos adoloridas recibían cosquillas que les quitaban el dolor. Solo las cambiaban cuando la sangre las manchaba. Fueron trayendo de nuevos colores: rosas, amarillas, plateadas y una manchada con todos los colores, reservada para los niños más pequeños. Les pedí que me regalaran alguna. «Ahí una disculpa, profe, estas solo funcionan si usted monta al ganso». Y continué usando la que tu tío Alan nos trajo de Corea, sin importar que por esos años todavía no lo conocía.

Durante varias semanas les rogué que me dijeran dónde podía montar al ganso, solo reían y se iban co-

rriendo agitando sus plumas. Los gansos todavía no nos dan permiso. Se elevaban como gallinas por unos segundos. No importaban los dulces que les ofrecieras. Los gansos todavía no nos dan permiso. O los puntos para la asignatura de formación cívica y ética. Los gansos todavía no nos dan permiso. Cuando los gansos decían no, era no. Eventualmente desistí, las plumas dejaron de ser novedad y fueron remplazadas por otras cosas: yoyos, trompos y el trabajo en la pisca de tomates. Aprendieron a leer y escribir. Algunos se graduaron y se fueron del pueblo. Aprendieron sobre geografía y que el mundo es muy grande.

Fue hasta mi último día en Las Bateas cuando los hermanos, los primeros de las plumas, ahora ya con bigote y brotes de senos que los diferenciaban, me tomaron del brazo para internarnos a los cultivos e ir a montar a los gansos.

Las veredas de los campos eran como laberintos, los niños al frente, alternando entre la izquierda y la derecha. «Tenga cuidado con las trampas de ratas que se clavan en la pata». Yo atrás, intentando seguir el ritmo, confundido entre las paredes de tomate o maíz. Tres trampas casi perforan mi pie. «¿No le dijimos que con cuidado?». Llegamos a una especie de acantilado que daba a un lago cristalino, ahí se deslizaban los gansos con el movimiento del agua, eran más grandes que los gansos en la casa de tu tío Poncho. Como el perro de tu

tío Mr. Iguana, que parecía un caballo pequeño. «Ahora láncese». Y los niños, que ya no eran niños, me hicieron lo mismo que, seguramente, hizo tu tía Tania cuando tuviste miedo en el tobogán.

Caí sobre un ganso de color madera, casi rojizo, lo supe porque en el impacto de la caída llegamos al fondo del lago y en esos breves segundos, que me parecieron horas, solo observé el rojizo de sus plumas. El color se quedó tan grabado en mi memoria que por eso te imagino pelirroja. Lo tomé del cuello para llegar a la superficie. Se movía como torpedo para deshacerse de mí. Nunca lo solté, aun cuando extendió sus alas y empezamos a perforar nubes seguí sin soltar el cuello al ganso. Vi la mancha urbana, montañas, las masas continentales como gigantes piezas de rompecabezas. El hielo se quitaba con el calor del animal. Observé las auroras boreales bailando y lloré. Y no volví a llorar hasta que te vi bailando en algún recital de ballet o folclor, idea de tu madre cuyo color de cabello y rostro desconozco. El ganso, que ya no era del color de la madera sino de las llamas, me dio permiso de acomodarme en su cuerpo. Siguió subiendo. Me permitió ver la tierra como un globo, al resto del sistema solar como un montón de ellos, nuestra galaxia como la leche que derramaste cualquier día en cualquier lugar. Solo cuando el universo parecía la mínima parte de nada, caímos en picada libre y todo lo que hasta ese momento había visto, y vivido,

pasó frente a mis ojos como una estela en el rabillo del ojo. Caí detrás de los hermanos que ya tenían la fuerza para levantarme, y en sus hombros volvía a Las Bateas por última vez.

No supe en qué momento el ganso y yo nos separamos, no fui testigo de su huida, pero sí de una pluma arrastrada por el aire hacia mí. Empecé a escribir con ella garabatos que solo entendía al momento de crearlos. A diferencia de los niños, nunca la perdí. La misma pluma de ganso con la que en estos momentos escribo el cuento que es para ti. No se mancha de sangre como las otras, la sangre sale por la punta cada vez que te escribo. Se desliza por el papel y, como el ganso, cruza países, galaxias, universos hasta llegar a la realidad donde te encuentras. Donde estamos juntos. Donde eres pelirroja. Donde sé que, de una u otra forma, mis historias llegan y sabes que el padre que no es padre te ama pese a, aún, no conocerte.

ÍNDICE

Arena México, por siempre el Distrito Federal 7

El cazador de plumas de ganso 11